

Notas y comentarios

Las relaciones entre sociedad, espacio y medio ambiente en las distintas conceptualizaciones de la ciudad

Bruno Cruz Petit*

Una de las preocupaciones que surgen al pensar en la crisis ambiental actual es que el hombre ha ido perdiendo control sobre el entorno en el que vive. El espacio, cada vez más urbanizado, hace necesario realizar importantes procesos de adaptación, aunque también es susceptible de ser transformado para hacerse más sostenible. Se trata de una realidad que estimula a repensar las relaciones entre sociedad y espacio. En este documento se emprenderá un recorrido sobre el papel del espacio y del medio ambiente en la literatura sociológica, pues su importancia se ha acrecentado a partir del giro espacial que han experimentado los estudios sociológicos sobre el fenómeno urbano en las últimas décadas. En particular, con esta revisión se pretende investigar cómo han respondido los autores a la pregunta: ¿en qué medida el espacio es efecto o causa de la configuración social de la ciudad? La problemática ha estado presente en toda la tradición intelectual, filosófica, científica y sociológica interesada en el modo de configuración física de las sociedades humanas y, en particular, entre los antecesores del ecologismo actual, que han dado relevancia al papel del espacio en la realidad de los seres vivos.

Palabras clave: ciudad, medio ambiente, espacio y sociedad.

Fecha de recepción: 23 de enero de 2013.

Fecha de aceptación: 3 de junio de 2013.

Relations between Society, Space and the Environment in the Different Conceptualizations of the City

One of the concerns that arise when one thinks of the current environmental crisis is that man has lost control over the setting in which he lives. Space, which is becoming increasingly urbanized, forces major adaptation processes to be set in train, but is also open to undertaking the changes designed to make it more sustainable. This situation encourages us to rethink the relationship between society and space. This document explores the role of space and the environment in the sociological literature, since its importance has grown in the wake of the transformation of studies on the urban phenomenon in recent decades. In particular, this review seeks to investigate how the authors have answered the question: To what extent is space a cause or an effect of the city's social configuration?

* Universidad Motolinía del Pedregal. Correo electrónico: <cruzpetit@hotmail.com>.

The problem has been present throughout the intellectual, philosophical, scientific and sociological tradition interested in the physical configuration of human societies, particularly among the forerunners of current environmentalism, which have highlighted the role of space in the reality of living things.

Key words: city, environment, space and society.

Introducción

Desde los inicios del pensamiento occidental ha habido una clara percepción de la influencia del entorno, entendido como ambiente geográfico, en la vida del hombre.¹ A medida que la humanidad fue incrementando su poder de transformar la naturaleza, los pensadores que matizaron el sesgo clásico hacia el “determinismo ambiental” hicieron oír su voz con más fuerza, y hoy día hay consenso respecto a la existencia de relaciones recíprocas entre el medio ambiente y la sociedad. En el mundo académico ello ha tenido como consecuencia una aproximación entre las disciplinas que antaño estudiaban realidades cuya relativa separación justificaba la fragmentación positivista del conocimiento. La interdisciplinariedad es hoy una necesidad, y si bien enriquece el desarrollo de cada una de las ciencias, supone diversas dificultades, algunas de ellas metodológicas y terminológicas. En el presente ensayo se usarán los términos “medio ambiente” y “ciudad”, que tienen en común el espacio, pero que hasta hace relativamente poco tiempo eran tratados por disciplinas que tenían escaso diálogo. El “medio ambiente” es un término empleado en múltiples contextos;² es común en la ecología y en la geografía actual. Sin em-

¹ Tanto en la *Historia* de Herodoto como en *Aires, aguas y lugares* de Hipócrates, el medio y el clima aparecen como factores determinantes de la salud y de la manera de ser de los pueblos. Son abundantes las descripciones del carácter y la organización de cada cultura en función del tipo de territorio, de las dificultades para acceder a la alimentación, sin descartar el papel de las leyes y el régimen político (García González, 2005: 307-328).

² Según G. Camargo (2008: 25) hay dos concepciones de medio ambiente. La primera, “lo que rodea al hombre”, lo hace equivalente a “medio” o “entorno”, corresponde a una idea romántica y conservacionista de la naturaleza. La segunda, inscrita en el campo más moderno de la ecología humana, lo plantea como el “ecosistema del que el hombre hace parte”. M. Valenzuela (1984: 275) define medio ambiente como la simbiosis entre los componentes naturales y artificiales que dan soporte al hombre y a la propia sociedad humana. Estas posturas entienden el ambiente no sólo a partir de las definiciones tradicionales (como la del PNUD; “sistema exterior físico y biológico donde vive el ser humano y otros organismos”, Borderías, 2006: 10) que lo conceptualizan

bargo, esta última disciplina, estudiosa de la naturaleza, el territorio y el paisaje, históricamente dio muy poco lugar a la reflexión teórica sobre el espacio (Harvey, 1983; Santos, 1990; Delgado, 2003); se daba por descontada la universalidad de la idea de espacio absoluto como contenedor de paisajes.³ Fue a partir de los años sesenta y posteriores, con autores como Harvey, Soja, Santos y Massey, cuando se problematiza la idea de naturaleza, a la vez que la geografía reconoció al espacio como objeto de reflexión teórica. En este terreno se lograron aportaciones fundamentales que incorporó la teoría social.

La sociología llegó a la cita con el espacio estudiando la ciudad, impulsada no tanto por un interés espacial sino por su carácter de experimento social, por tratarse de un conjunto denso de personas y relaciones cuya creciente importancia en el mundo moderno obligó a convertirla en objeto de estudio. Pero la ciudad, como el entorno natural, es también un espacio y finalmente constituye un “medio ambiente urbano”, por lo que la sociología urbana se ha visto naturalmente inclinada a nutrirse de los aportes de la geografía, el urbanismo, la ecología y la filosofía del espacio. H. Lefebvre, filósofo y estudioso de la ciudad que acuñó los términos “espacio social”⁴ y “producción social del espacio”, expuso en 1974 que la fragmentación disciplinaria del tema del espacio obedecía a su consideración como elemento neutro; el espacio vacío de la geometría era en las ciencias humanas y naturales el lugar donde había organismos, objetos, climas, paisajes y diversos fenómenos susceptibles de ser estudiados; éstos eran los protagonistas de unas ciencias que proporcionaban visiones (y definiciones) parciales del espacio, olvidando el carácter social de este elemento. En sociología la idea de espacio urbano como elemento activo en la conformación de las relaciones sociales es relativamente reciente. A continuación veremos cómo se produjo en esta disciplina el paso de un tipo de concepción de ciudad como contenedor y

como algo esencialmente distinto de la acción humana, sino desde un enfoque ecológico que integra la problemática geográfica con la social.

³ “‘Space’ is one of the most obvious of things which is mobilised as a term in a thousand different contexts, but whose potential meanings are all too rarely explicated or addressed” (Massey, 1999: 27). En la geografía francesa clásica casi no se encuentra el término “espacio” (Kitsopoulos, 2005); el espacio físico quedaba sobreentendido al hablarse de las “condiciones geográficas”.

⁴ Partiendo de una revalorización de la vida cotidiana y de la realidad social, Lefebvre pretendió llegar a una teoría unitaria del espacio que mostrara la presencia dentro del “espacio” lógico-epistemológico, regido por la geometría y la técnica, de otros tipos de espacialidad: el espacio percibido, vivido y representado socialmente.

espejo de la realidad social, a una idea de entorno urbano como ambiente socialmente construido con dinámicas propias que condicionan a la sociedad.

La teoría del espejo

En la teoría sociológica decimonónica se observa, desde una sensibilidad contemporánea, un descuido de lo ambiental y lo espacial (Lezama, 2001). Si bien la ciudad aparece en los textos de los autores de la sociología clásica, básicamente lo hace como producto de las fuerzas que rigen a la sociedad (Lezama, 1993: 117); como paisaje degradado, consecuencia de la industrialización y la disminución de la calidad de vida de la clase obrera causada por la acumulación capitalista (Marx y Engels, 1959); como realización del principio de racionalización articulado por relaciones mercantiles que se proyectan en la ciudad (Weber, 1987); o como territorio en el que se intensifica la división social del trabajo (Durkheim, 1999). La ciudad es sobre todo un reflejo de las dinámicas sociales (visión que podemos resumir en la expresión “teoría del espejo”), una creación humana *sui generis* que se contrapone al campo e instaura un ámbito de libertad y de avance en la división del trabajo, el individualismo y la monetarización de la economía. Lo urbano se aleja del medio ambiente natural para instaurar un régimen de civilización que, aunque no está exento de problemas y nuevas limitaciones, supone una evolución y un avance respecto a los períodos en los que predominaba la agricultura. Incluso en el Marx del *Manifiesto* (1972), lo urbano es un adelanto en relación con lo rural.⁵ Así, la sociología del siglo XIX y de gran parte del XX se rige por el paradigma del “excepcionalismo humano” (Dunlap y Catton, 1992) que presenta al hombre como capaz de sustraerse a la cadena causal del medio ambiente, de crear su propio ambiente y de instaurar un orden distinto (Garrido *et al.*, 2007). El antropocentrismo subyacente a esta

⁵ “La burguesía ha sometido el campo al dominio de la ciudad. Ha creado urbes inmensas, ha aumentado enormemente la población de las ciudades en comparación con la del campo, sustrayendo una gran parte de la población al idiotismo de la vida rural. Del mismo modo que ha subordinado los países bárbaros o semibárbaros a los países文明izados, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente” (Marx, 1972: 57). “Aquí la ciudad aparece como desarrollo de la sociedad burguesa [Marx] rescata un aspecto positivo de la manera en que se concentran los medios de producción [...] como escenario que propicia las condiciones para el cambio social” (Lezama, 1993: 121-122).

visión es comprensible si pensamos que el contexto en el que nace la sociología clásica es el de la transición de una sociedad agrícola y rural a una industrial y urbana, proceso que reforzó la idea del dominio de la naturaleza por lo humano, una de las premisas de la modernidad.

Aún no se habla de medio ambiente urbano o ecosistema urbano. La ciudad es esencialmente un conjunto numeroso de habitantes con gran densidad de población y un área económica con alta división del trabajo e intercambio. Marx y Engels, en *La ideología alemana*, describen a la ciudad como la forma que, desde la antigüedad, toma la división elemental del trabajo, con la separación entre el trabajo agrícola y el industrial-comercial. “La más importante división del trabajo físico y espiritual es la separación de la ciudad y el campo [...] La ciudad es ya obra de la concentración de la población, de los instrumentos de producción, del capital del disfrute y de las necesidades” (Marx y Engels, 1959: 53). A diferencia de la ciudad moderna, donde la urbe es el espacio por excelencia de las nuevas relaciones capitalistas, en la ciudad antigua, nos dicen estos autores, aún estaban mezclados ambos modos de producción (los ciudadanos eran propietarios de las tierras aledañas). En este caso las contradicciones derivaban de la apropiación urbana de excedentes generados en el campo, los cuales servían para satisfacer las necesidades de la ciudad. Weber expuso que la economía monetaria que prosperó en las ciudades de la Edad Media contribuyó a la aparición del trabajador libre, liberado de la servidumbre, paso necesario para la consolidación de una sociedad dominada por el nuevo poder burocrático-racional.

En Durkheim el interés por la ciudad deriva de su papel en el paso de un tipo tradicional de solidaridad, la mecánica, a otro moderno, la orgánica. En *La división del trabajo social* (1892) la ciudad refleja un proceso social, la división del trabajo, que resulta de un aumento del volumen de la población y de la densidad de las relaciones (dinámica).⁶ Durkheim es coherente con lo que será uno de los postulados de *Las reglas del método sociológico* (1895): su idea de sociología como ciencia de hechos sociales que se explican por otros hechos sociales (que lo ubica en el grupo de autores antropocéntricos); expone que las causas del progreso de la división del trabajo están en las variaciones del medio social, en la intensidad de las relaciones y en la necesidad de especialización producto de dicha intensidad. Pero también nos dice

⁶ “La formación de las ciudades y su desenvolvimiento constituyen otro síntoma, más característico todavía, del mismo fenómeno (el aumento de la densidad)” (Durkheim, 1999: 271).

que la densidad material interactúa y se alimenta con la densidad dinámica.⁷ La densidad material (en cuyo denominador figura el espacio disponible) es importante en la medida en que corresponde a una densidad dinámica o moral (al número de interacciones, al de reglas y a la vida social) cuyo crecimiento es la causa principal de la división del trabajo. Durkheim, conocedor de las teorías darwinistas y de H. Spencer, es en este sentido muy moderno al entender los procesos sociales no a partir de un posible sentido teleológico de la civilización, sino en términos de adaptación, aunque en su caso es principalmente una adaptación al medio social.⁸

En otras obras de Durkheim vemos un claro interés de tipo antropológico y geográfico por el entorno en el que se desarrolla una sociedad: “[la sociedad] ocupa un territorio más o menos extenso [...] Este territorio, sus dimensiones, su configuración, la composición de la población que se traslada sobre su superficie, *son factores naturalmente importantes de la vida social*; este es el substrato y tal como en el individuo la vida psíquica varía según la composición anatómica del cerebro que

⁷ “La división del trabajo progresá, pues, tanto más cuantos más individuos hay en contacto suficiente. Si convenimos en llamar densidad dinámica o moral a ese acercamiento y al comercio activo que de él resulta, podremos decir que los progresos de la división del trabajo están en razón directa a la densidad moral o dinámica de la sociedad. Pero *ese acercamiento moral no puede producir su efecto sino cuando la distancia real entre los individuos ha, ella misma, disminuido*. La densidad moral no puede, pues, aumentarse sin que la densidad material aumente al mismo tiempo y ésta pueda servir para calcular a aquélla. Es inútil, por lo demás, buscar cuál de las dos ha determinado a la otra, baste con hacer notar que son inseparables” (Durkheim, 1999: 270). Esta última afirmación coloca a los factores espaciales que surgen de la concentración de población en un plano de importancia explicativa. En otros párrafos leemos que la densidad material y dinámica proviene del aumento de la natalidad, de la “necesidad que empuja a los individuos a mantenerse unos con otros” (Durkheim, 1999: 271); ahí el protagonismo recae en el hombre; y del hecho de que “los tabiques que separan las diferentes partes de la sociedad se borran cada vez más por la fuerza de las cosas [...] [Las vías de comunicación] son más particularmente activas en los puntos en que se cruzan varias de esas líneas; he ahí las ciudades. Así se aumenta la densidad social” (Durkheim, 1999: 358); ahí el protagonismo recae en la forma del territorio, que une y comunica a los individuos.

⁸ Spencer estudió la influencia del entorno y del crecimiento del volumen social en los progresos de la división del trabajo. En un comentario crítico hacia Spencer, Durkheim afirma: “Pero, incluso allí donde las circunstancias exteriores inclinan más fuertemente a los individuos a especializarse en un sentido definido, no se bastan para determinar esta especialización [...] Si el trabajo se divide más a medida que las sociedades se hacen más voluminosas y densas, no es porque las circunstancias exteriores sean más variadas, es que la lucha por la vida es más ardua. Darwin ha observado muy justamente que la concurrencia entre dos organismos es tanto más viva cuanto son más análogos [...] Los hombres están sometidos a la misma ley [...] El animal está colocado casi exclusivamente bajo la dependencia del medio físico. El hombre, por el contrario, depende de causas sociales” (Durkheim, 1999: 278, 280, 281 y 364).

la sostiene, los fenómenos colectivos varían según la constitución del sustrato social” (Durkheim, 1978: 42). Este párrafo nos habla de una conciencia de las relaciones entre la sociedad y el entorno. La ciencia social que, según Durkheim, se debía encargar de estudiar lo que califica de “sustrato” de la vida social, era la morfología social, que no se limita a un análisis descriptivo, pues también pretende explicar, por ejemplo, por qué la población se concentra en ciertos puntos más que en otros (Durkheim, 1978: 42).

En Simmel la metrópoli proporciona los elementos para una potencial libertad del individuo, aunque también provoca un desgaste en los sujetos debido a la sucesión de impresiones siempre nuevas, a las cuales el individuo se adapta con un cambio psicológico, con una propensión a una actitud intelectualista favorecida por el carácter de las relaciones mediatisadas. Lo interesante aquí es ver cómo el espacio urbano adquiere preponderancia en la medida en que es generador de estímulos constantes que avasallan a los individuos y los obligan a tomar cierta actitud para poder preservar la vida interior. “La vida metropolitana, así, implica una conciencia elevada y un predominio de la inteligencia en el hombre metropolitano [...]; la intelectualidad, así, se destina a preservar la vida subjetiva contra el poder avasallador de la vida metropolitana” (2005: 1). En estas frases se está hablando de un fenómeno psicosocial que parte de atributos propios del espacio urbano. La propuesta simmeliana es, pues, muy contemporánea porque transmite muy bien la complejidad de las relaciones espacio-hombre, dada por una retroalimentación constante entre los dos elementos. El hombre construye su ambiente pero posteriormente éste también lo construye a él.⁹

Ambientalización de lo urbano

Por consiguiente, cabe destacar que ha habido un ascenso progresivo del papel del espacio, y particularmente del espacio urbano como elemento importante para la teoría social en el desarrollo de la sociología clásica tardía. Esta evolución coincide con la divulgación del concepto de ecología en el mundo científico de finales del siglo XIX. En 1866 Ernst Haeckel acuñó el neologismo “ecología” (*ökologie*, de

⁹ La retroalimentación entre el espacio y la sociedad quedará muy clara en una frase atribuida a Churchill: “Nosotros configuramos nuestros edificios y ellos nos configuran a nosotros”, citada en Hall, 1989: 132.

oikos y *logos*, “ciencia del hábitat”) en una nota a pie de página de su obra *Generelle Morphologie der Organismen*: “la ecología [...] ciencia de la economía, del modo de vida, de las relaciones vitales externas de los organismos” (Acot, 1994: 36). Es en el segundo volumen de la misma obra donde Haeckel presenta su definición de ecología más conocida: “Por ecología entendemos la totalidad de la ciencia de las relaciones del organismo con el medio, que comprende, en sentido amplio, todas la condiciones de existencia” (Acot, 1994: 36). Es clara la inspiración que toma de la idea darwiniana del fenómeno de la adaptación de los seres vivos al medio ambiente.¹⁰ El espacio adquiere trascendencia como entorno natural que explica el comportamiento de las especies, idea que, como señala Acot, ya se encontraba en los estudios de geografía vegetal de Humboldt, a principios del siglo XIX.

Según E. Morin (1983: 34) la noción de ecología y la de ecosistema (que Tansley formulará en 1935)¹¹ instituyen un nuevo campo que será primordial en los siglos XX y XXI porque supone ir más allá del estudio individualizado de los seres vivos para abarcar el de las relaciones entre los seres vivos y el medio en el que viven, y observar cómo se configura una unidad de doble textura surgida de la conjunción de un biotopo (medio geofísico) y una biocenosis (interacciones entre organismos). Se produce “una toma de conciencia fundamental: las interacciones entre los seres vivientes, al conjugarse con los constreñimientos y posibilidades que proporciona el biotopo físico (y al retroactuar sobre éste) organizan precisamente al entorno en sistema [...] En adelante, el entorno deja de representar una unidad únicamente territorial para convertirse en una unidad organizadora” (Morin, 1983: 34).¹²

¹⁰ En la definición que el biólogo alemán proporciona en 1868 está muy clara esta idea: “ciencia del conjunto de las relaciones de los organismos con el mundo exterior ambiental [...] lo que se ha llamado economía de la naturaleza [...] la adaptación (de los organismos) al medio que los rodea, *su transformación a través de la lucha por la vida*, los fenómenos del parasitismo, etc.)”. En 1869 en una conferencia en la universidad de Jena, también se observa el marco científico e ideológico de la primera noción de ecología: por ecología se entiende “el cuerpo del saber que concierne a la economía de la naturaleza [...] en una palabra, la ecología es el *estudio de esas interrelaciones complejas a las que Darwin se refiere mediante la expresión de condiciones de lucha por la existencia*” (Acot, 1994: 36).

¹¹ “El hecho de tomar en cuenta factores abióticos del medio evidentemente no es algo nuevo sino que representa, desde Humboldt, el corazón mismo del pensamiento ecológico. Lo que constituye un progreso notable en la idea de ecosistema es la voluntad de integrar en un sistema único el medio abiótico con la biocenosis” (Acot, 1994: 101).

¹² El espacio, natural o construido, se erige así como centro de las preocupaciones de nuestro tiempo. La idea de un “giro espacial” (expresión que emplea F. Jameson en su libro *Postmodernism* de 1991) tiene sus orígenes en una conferencia dictada por M. Foucault en 1967, “Des espaces autres”: “La gran obsesión que tuvo el siglo XIX fue la

La extensión del paradigma ecológico desde el campo de los vegetales y animales hasta el análisis de las relaciones entre los individuos y su entorno va a ser un proceso imparable. Según Baigoirri (1989), fueron los geógrafos quienes primeramente se dedicaron, en la academia, a analizar ampliamente dichas relaciones. Desde la perspectiva de la antropogeografía alemana de finales del siglo XIX, liderada por K. Ritter y F. Ratzel, se postuló un determinismo geográfico en la evolución de las sociedades, ya que éstas están sometidas a las condiciones del medio debido a su necesidad de alojamiento y alimentación. Esta postura fue antagónica y complementaria a la de la escuela francesa de geografía humana de Paul Vidal de la Blache, quien sostuvo que el hombre puede dominar las condiciones naturales que se le presentan y adaptarse sin perder su capacidad de elección. Esta última posición se inscribe dentro de lo que el historiador Lucien Febvre llama “posibilismo” para subrayar el hecho de que lo que existe en la naturaleza no son sólo necesidades inmutables, sino posibilidades. La oposición entre el posibilismo y el determinismo ambiental puso de relieve, ya desde esta etapa previa al nacimiento de la sociología urbana, uno de los debates centrales de la sociología que estudia el espacio: el de la dirección causal entre los fenómenos sociales (el hombre) y los ambientales (el espacio), relación dialógica que surge del binomio cultura-naturaleza.

En el periodo de entreguerras, la antropología y la sociología incorporaron a sus estudios el “entorno” de los geógrafos¹³ y las relaciones ecológicas de los naturalistas. Según Acot, en 1921 nació la ecología humana en un artículo de E. Ekblaw publicado en la revista *Ecology*, “Les relations écologiques des Eskimo polaires”. Dice Acot: “por primera vez se hace un estudio exhaustivo de una población humana desde el punto de vista de sus complejas interrelaciones con el medio” (1994: 134). Asimismo, el término “ecología humana” es propuesto en

Historia [...] La época actual quizás sea sobre todo la época del espacio. Estamos en la época de la yuxtaposición, en la época de lo próximo y lo lejano”. El texto fue publicado y conocido en 1984. Para entonces Lefebvre ya había escrito *La producción del espacio* (1974) en la que se habla de un cambio de paradigma que corresponde a una primacía del espacio sobre el tiempo; este giro también está analizado en la obra *Postmodern Geographies*, de 1989 de E.W. Soja y en otros autores (Harvey, 2008: 225; Garrido *et al.*, 2007).

¹³ En inglés el término *environment* era utilizado por los ecólogos británicos y estadounidenses de finales del siglo XIX como sinónimo de *milieu naturel* (medio natural) de los geógrafos franceses. En R.E. Park el término incluye al medio social, acepción que recoge el *milieu* (medio) francés, equivalente al alemán “die Umwelt”, utilizado por Goethe, Humboldt y Ratzel (Rhein, 2003: 169).

ese mismo año por otro autor: Robert E. Park, en la obra *Introduction to the Science of Sociology* de Robert E. Park y Ernest W. Burgess.¹⁴ La ecología humana aparece aquí como una de las tres partes de la ecología, junto a la animal y la vegetal, dedicada a estudiar la distribución de las personas en el espacio. No es casualidad que la sociología urbana tenga un referente importante en estos autores que trabajan en Chicago, donde la fuerte concentración urbana y los problemas sociales asociados a ella convierten a la ciudad en un medio que atrae fuertemente la atención de los investigadores. En el ensayo *La ciudad*, Park la define como un todo cultural que es más que la suma de las partes, y habla de “fuerzas en marcha que tienden a producir un agrupamiento típico y ordenado de su población e instituciones” (Park, 1925: 2). Para los ecologistas de Chicago la vida humana tiene un nivel biótico que la emparenta con la del resto de los seres vivos. Esto los lleva a aplicar a la ciudad conceptos provenientes de la ecología, como sucesión, dominio, invasión, equilibrio y, sobre todo, la competencia, la cual se erige como mecanismo regulador del número de habitantes en un medio determinado. La competencia es un principio activo de ordenación territorial, ligado a una “economía natural”, que en la vida social toma la forma análoga de competencia económica y distribución del suelo por la vía de los precios. Es decir, hay una traducción social del proceso natural de diferenciación en nichos dado por la competencia en el ámbito biótico. Como disciplina, la ecología humana se ubica en un terreno cercano tanto a la geografía¹⁵ como a la economía natural típica de la visión ecológica de raíz darwiniana.¹⁶ Comprende la interacción de los dos órdenes que articulan la vida humana: el biótico y el social, adquiriendo el primero más importancia en las últimas obras de R.E. Park (Turner, 1967: 9). El pensamiento del fundador de la llamada Escuela de Chicago fue cambiando en el transcurso

¹⁴ También aparece en el artículo “La ciudad”, de R.E. Park, en su versión de 1916, que tuvo más impacto cuando se reeditó en 1925.

¹⁵ En 1923 H. Barrows proponía que se considerara la geografía como una ecología humana (Rhein, 2003: 181). N. Castree (2001: 1) comenzó el prólogo del libro *Social Nature* recordando que ya en el siglo XIX el geógrafo estadounidense James Bryce concebía la geografía como punto de encuentro entre las ciencias del hombre y las de la naturaleza.

¹⁶ “Since human ecology cannot be at the same time both geography and economics, one may adopt, as a working hypothesis, the notion that it is neither one or other but something independent of both [...] Ecology, and human ecology, if it is not identical with economics on the distinctively human and cultural level is, nevertheless, something more than and different from the static order of the human geography” (Park, 1967: 80).

de sus obras y encontramos en ellas muchas referencias a un orden social o moral que atenúa el determinismo que se desprende de otros textos. En dicho orden social la competencia toma la forma de conflicto susceptible de ser canalizado mediante mecanismos como la división del trabajo y la negociación. Existe la posibilidad de un orden moral y social gracias a que en el orden social hay capacidad de comunicación y acción colectiva. Es por ello que R. Turner (1967: xxix) opina que no se pueden identificar los patrones urbanos de Park con la ecología, tal como la entendemos desde los años sesenta y setenta.¹⁷ Por su parte, J.L. Lezama señala que los ecólogos de Chicago perciben en el fenómeno urbano la ambivalencia, la doble causalidad, las fuerzas naturales y las fuerzas sociales que intervienen en el fenómeno urbano, aunque “el mayor grado de eficacia corresponde a las del mundo natural”, de ahí que haya una “indefinición teórica respecto al estatus de lo urbano” y que, al ser remitido lo social a lo biológico, no se conceptualizan las leyes sociales que constituyen los fenómenos urbanos (Lezama, 1993: 228).

Acot ve en los autores de la Escuela de Chicago no una ambivalencia respecto al estatuto epistemológico de la ciudad sino una contradicción que afecta la validez del planteamiento científico.¹⁸ Al señalar Robert E. Park que la ciudad es un producto de la naturaleza, y especialmente de la naturaleza humana, está extendiendo el concepto de “natural” a lo que es producido artificialmente por el hombre. Para Acot, expresiones como “hábitat natural del hombre civilizado” son confusas (si vemos a la civilización como opuesta a lo natural) y se basan en un significado doble de las palabras naturaleza y natural que contienen la idea de normalidad, de cotidianeidad, y permiten que se le apliquen al hombre los conceptos de la ecología general. Hay ahí, como en el darwinismo social, “una manipulación que consiste en atribuir a la naturaleza lo que pertenece a la cultura” (Acot, 1994: 141). Esta crítica a los ecólogos de Chicago recuerda al “posibilismo” de

¹⁷ “It is unfortunate that the study of urban patterns is sometimes identified as ecology. Park’s ecology refers to set of processes that cannot be observed except in conjunction with social processes. Spatial patterns may be a direct indication of the biotic order among animals, but among humans they reflect the joint operation of the two orders [...] The ecological order is an inference that supplies the explanation for many failures in control at the social level”.

¹⁸ “El grupo de Chicago, seducido por la eficacia operativa de los conceptos de la ecología vegetal y animal, se ve obligado, con el fin de presentar un modelo ecológico plausible, a plantear la ciudad como medio natural, mientras reconoce su carácter altamente artificial. Esta contradicción sólo se puede resolver por arte de magia” (Acot, 1994: 140).

Febvre y es digna de tomarse en cuenta. Pero igualmente es legítimo valorar, desde una perspectiva histórica, las aportaciones de los autores de la Escuela de Chicago en el proceso de “ambientalización” de lo urbano en la teoría social. Particularmente L. Wirth retoma la línea de interpretación psicosociológica inaugurada por Simmel y profundiza en un interesante análisis de la influencia del ambiente urbano sobre la personalidad. En su obra se define lo urbano en términos sociológicos y demográficos: la ciudad es una localización permanente, relativamente extensa y densa, de individuos socialmente heterogéneos. Estos rasgos dan lugar a una cultura urbana caracterizada, entre otros elementos, por la segmentación de las relaciones sociales y el individualismo. Más allá de la validez general de un enfoque quizás excesivamente “behaviorista”, común en la psicología ambiental, lo interesante aquí es que en el periodo de entreguerras hubo una evolución hacia una incorporación del espacio en el núcleo de la teoría social.

Dialéctica sociedad-medio ambiente

La sociología urbana francesa de los años sesenta, influida por el marxismo, marca un punto de inflexión en el análisis de las relaciones entre el espacio y la sociedad (Lezama, 1993: 248). De algún modo se vuelve a otorgar protagonismo a la acción humana, considerada a partir de los análisis de los modos de producción, sobre todo en M. Castells (1980). Para el autor de *La cuestión urbana*, las teorías de autores como L. Wirth no son inocentes y representan una “ideología urbana” que oculta las contradicciones reales del proceso productivo generador de la ciudad.¹⁹ Con la definición de ciudad como cultura urbana se pretende dar a entender que el sistema específico de relaciones sociales está asociado principalmente a un marco ecológico: “Se ha tomado por fuente de producción social lo que era su marco” (Castells, 1980: 106). En realidad, observa el autor catalán radicado entonces en París, lo que hay es un vínculo causal entre el modo de producción capitalista empleando “capitalismo” en el sentido amplio de *El Capital* de Marx, como modo de producción industrial y “el efecto producido sobre tal y tal modo de comportamiento”. La segmentación social de

¹⁹ “Si estas tesis de la sociedad urbana tienen tanta difusión es porque permiten prescindir de un estudio de la emergencia de las formas ideológicas a partir de las contradicciones sociales y de la división de clases” (Castells, 1980: 106).

roles, por ejemplo, viene determinada no por la ciudad sino “por el estatuto de trabajador libre cuya necesidad para asegurar una rentabilidad máxima de la utilización de la fuerza de trabajo ha sido demostrada por Marx” (Castells, 1980: 102-103).

El giro hacia explicaciones más socioeconómicas que espaciales de lo urbano encuentra un equilibrio en H. Lefebvre. Una visión completa de su obra permite ubicarlo, en términos de las relaciones sociedad-medio ambiente, en un punto intermedio en el que, si bien el espacio es “producido” socialmente, las relaciones sociales se ven muy afectadas por las propiedades del espacio en el que tienen lugar. El origen de la producción del espacio en Lefebvre abarca más planos que los señalados por el marxismo ortodoxo. La independencia que tiene lo cotidiano, asociado cada vez más a lo urbano y expresión de la iniciativa humana, invierte la problemática materialista y no da respuesta, según la crítica de Castells (1980: 115), al tema de la determinación social del espacio, al “tomar como punto de partida a los hombres más que sus relaciones sociales y técnicas de producción o dominación”. La contracrítica a ello sería argumentar que Lefebvre, al contrario, toma más en serio la materialidad de la vida, que es también consumo, reproducción, descanso, ocio, vivencia sensorial, etc. El autor de *La crítica de la vida cotidiana* es en muchas de sus obras un auténtico precursor en la comprensión de un mundo surgido no sólo del mundo de la producción sino también del mundo del consumo. Lefebvre admite que la ciudad “es el resultado de una historia que debe concebirse como la obra de agentes o actores sociales, de sujetos colectivos, que operan en oleadas sucesivas” (1972: 117). Esta tesis no olvida concebir la ciudad “en términos de determinación específica”, como afirma Castells, sino que abre paso a una explicación más compleja de la producción del espacio, y en varias de sus obras el autor no deja de incluir los procesos económicos y también los políticos. En *El derecho a la ciudad* (1979) encontramos una doble crítica: tanto al urbanismo oficial, es decir a la acción del Estado como vehículo para generar un modelo urbano enajenante (en las unidades habitacionales), como a las empresas privadas que cubren el territorio de suburbios de *chalés* unifamiliares. Finalmente, ambos sectores están en manos de los “notables”, de las élites que aíslan una función, la residencial, de la actividad ancestral de habitar como forma de vida en una comunidad amplia.²⁰ El espacio urbano es un “espacio social” que tiene como

²⁰ “Los notables conciben el hábitat. Hasta entonces habitar era participar en una vida social, en una comunidad, pueblo o ciudad [...] De este modo imaginaron con el

materia prima el espacio natural; el producido por el capitalismo es un “espacio abstracto” que homogeneiza y fragmenta a la vez el entorno para convertirlo en mercancía. La experiencia vivida se somete a las necesidades comerciales, y el espacio, en un régimen de racionalismo que deriva de la lógica de la propiedad privada, pasa a ser un instrumento de reproducción de las relaciones de producción²¹ por varios motivos. Por un lado, las altas rentas y las hipotecas contribuyen a reforzar la desigualdad social.²² Por otro, la venta de viviendas, por más “reducidas” que sean, conlleva la incorporación de las masas a la ideología de la propiedad. Ésta desincentiva la movilización y la protesta sociales, también desactivadas por la segregación de los trabajadores en la ciudad y por la anomia social derivada de un entorno neutro e insípido. El espacio manipula a las masas controlando su cotidianidad, sus aspiraciones y sus necesidades, y al sustituir lo vivido por representaciones.²³ No obstante, el comprador de vivienda no sólo adquiere signos (ahí nos sepáramos de una teoría puramente posmoderna del consumo); compra sobre todo un valor de utilización y tiene en cuenta la distancia respecto a otros lugares y el tiempo que va invertir en llegar a ellos. Así, mediante un espacio doméstico cuya ubicación en la ciudad va a determinar el tiempo disponible (para ocio, descanso, educación...) “lo que se produce y reproduce es un tiempo

habitátil el acceso a la propiedad, operación ésta de extraordinario éxito [...] Con la creación del suburbio se inicia en Francia una orientación urbanística incondicional enemiga de la ciudad” (Lefebvre, 1979: 32-33).

²¹ “Semejante espacio instrumental permite bien sea imponer por la fuerza una cierta cohesión, bien sea ocultar bajo una aparente coherencia racional y objetiva las contradicciones de la realidad [...] Semejante espacio es ideológico” (Lefebvre, 1976: 31). “La estrategia de clases trata de asegurar la reproducción de las relaciones esenciales a través de la totalidad del espacio” (Lefebvre, 1976: 41). “Mi hipótesis es la siguiente: es el espacio y por el espacio donde se produce la reproducción de las relaciones de producción capitalista. El espacio deviene cada vez más un espacio instrumental” (Lefebvre, 1974: 222).

²² Se retoma aquí un campo explorado por la literatura marxista. Engels explicó que el arrendatario representa para el propietario de la casa lo que el obrero asalariado para el empresario capitalista (Bettin, 1982: 66). Es poco conocido el fragmento de Marx del capítulo 23 de *El Capital* en que se habla de la vivienda, campo en el que prosigue la explotación que permite el proceso de acumulación: “para una mayor clarificación de las leyes de la acumulación es necesario examinar también la situación del obrero fuera del taller, o sea, las condiciones de alimentación y de vivienda del obrero” (citado en Bettin, 1982: 54).

²³ “The truth is, however, that this space manipulates them, along with their unclear aspirations and their all-to-clear needs [...] In this space things, acts and situations are forever being replaced by representations, world of signs [...] The ego no longer relates to its own nature, to the material world [...]” (Lefebvre, 1991: 309-311).

social” (Lefebvre, 1976: 110). El acceso a la vivienda puede estar condicionado, entre las masas, a su segregación en zonas alejadas y aisladas por el tráfico. Sobre este asunto D. Harvey (1979: 49) sostiene que con un crecimiento urbano superior al de los servicios de que se dota a la ciudad (el transporte, por ejemplo) se observa que en las metrópolis contemporáneas hay un aumento de los costos de la accesibilidad a las oportunidades (laborales, educativas), que son cambios en los ingresos reales de los individuos, mecanismos ocultos de redistribución del ingreso que provocan mayor desigualdad.

En este sentido para Giddens el estudio del espacio es importante porque es en el dominio primario, el de las prácticas sociales ordenadas en un espacio-tiempo, donde se genera lo social (desigualdad, proximidad de clases). En su obra se concilian la visión estructural o macrosociológica (donde los fenómenos se originan a partir de totalidades, estructuras con dinámica propia) con la microsociológica (donde se parte de la vivencia de los actores). Lo que existen son actividades recursivas, rutinas de los actores y grupos que recrean las estructuras sociales (Giddens, 2003: 39). Es la continuidad de las prácticas en un espacio-tiempo lo que reproduce los sistemas sociales. De ahí la importancia de los escenarios que permiten la continuidad de las prácticas, restringiendo o canalizando la agencia individual. Los espacios consolidan rutinas que son básicas para una vida social hecha de interacciones con contenidos significativos, de ahí que las instituciones traten de conformar sus redes espaciales. Hay en Giddens una cercanía con la escuela ecológica de Park, aunque aquí la influencia del espacio no es directa, sino que proviene de su rol en la trama de las prácticas sociales.

Más allá de las posturas políticas o teóricas que se puedan desprender de las teorías de Lefebvre, Harvey y Giddens, lo interesante aquí es la riqueza de las perspectivas con las que se abordan las relaciones espacio-sociedad. Éstas se inscriben en una doble direccionalidad. La sociedad produce, crea el espacio, y el espacio colabora en reproducir una determinada estructuración social. La retroalimentación es constante; más que causas y efectos unidireccionales, se presentan procesos simultáneos (sociales y ecológicos), una co-evolución con transformaciones espaciales, adaptaciones a las mismas y bucles causales.²⁴

²⁴ E. Morin (1983: 45) expone que el bucle es un ejemplo de un pensamiento acorde con el paradigma de la complejidad y la ecología.

Espacio urbano y crisis ambiental

El aumento del peso del espacio en la teoría social no sólo se vincula con la renovación del análisis crítico con el capitalismo y con nuevas aproximaciones a la noción de estructura y práctica social, sino también con la crisis ambiental. Lefebvre ve en el fenómeno del fin del mundo rural y la llegada de la urbanización completa el sello distintivo de nuestro tiempo. No utiliza el término “crisis ambiental”, pero la centralidad de la urbanización en su teoría, con reflexiones sobre el encarecimiento del espacio y la contaminación del aire en las ciudades, no es ajena a dicho fenómeno. Él vislumbra una crisis reflejada en nuevas escaseces, que ya no se limitan al alimento sino al conjunto de elementos naturales como el aire puro, la luz y el espacio. De ahí la necesidad de producción directa de espacio, resultado del proceso histórico socioespacial de urbanización y desaparición del espacio natural, que es muy palpable por ejemplo en las ciudades densas donde la propiedad vertical multiplica las posibilidades del suelo. En otras palabras, a medida que los elementos naturales –como el espacio– se hacen escasos, éstos deben ser recreados y, en consecuencia, socialmente “producidos”, lo cual significa que dichos elementos adquieren no sólo un valor de uso, sino también un valor de cambio (Lefebvre, 1991: 329). Se venden y se compran, se reparten de manera desigual y, por lo tanto, son vehículo para la reproducción de las relaciones de producción. Y el mercado del espacio, el sector inmobiliario, que había sido subalterno, se convierte en un sector cada vez más integrado en el circuito de producción-consumo. Hoy vemos que se erige como uno de los sectores económicos principales, no sólo como refugio de los capitales en épocas de crisis. En su obra *La producción del espacio*, Lefebvre también vio el encarecimiento del precio de la vivienda ligado al fenómeno de la centralidad, síntoma de una de las contradicciones del “espacio abstracto” del capitalismo. El alza de precios proviene de la concentración urbana, del aumento mundial de la población que vive en las ciudades, donde crece el sector de los servicios. Pese a que hay territorio vacío en el planeta, se hace habitable sólo una parte del mismo de acuerdo con la dinámica de la centralidad y la densificación, lo que beneficia la producción de altas plusvalías urbanas. Es en este sentido una escasez socialmente producida, material e ideológicamente.

Son varios los temas que aborda Lefebvre y que anticipan preocupaciones muy actuales, como las que U. Beck (1998) agrupa bajo la

categoría de “riesgos” para referirse a los efectos negativos de la modernidad que en nuestro tiempo adquieren una importancia tal que el sociólogo alemán acuña el término “sociedad del riesgo”. También en Beck los fenómenos ambientales no son ajenos a la construcción simbólica, cultural y social, no sólo física, del entorno. Las sociedades de la modernidad tardía, afirma este autor, crean riesgos ambientales materialmente pero también discursivamente. Numerosos riesgos no son perceptibles, afectan a largo plazo a la población y se miden en términos de posibilidad, más que de certeza. Se necesitan los “órganos perceptivos de la ciencia”, que dependen de sus instrumentos de medición, de los medios de difusión de sus resultados, del financiamiento, etc. Finalmente, unos riesgos se divultan más que otros. Lezama (2001) demuestra, siguiendo esta línea de pensamiento, cómo los riesgos ambientales en la Ciudad de México son parte de un discurso que pone de relieve unos temas en detrimento de otros. La contaminación corresponde a una realidad, pero no es problemática en la medida en que hay una construcción determinada de los riesgos.

Del mismo modo, la idea de naturaleza ha ido cambiando, se ha ido construyendo de modos distintos en el transcurso de la evolución social. Si entre los darwinistas se describía como lugar de lucha por recursos escasos (idea de origen malthusiano), a partir de la incorporación de los enfoques sistémicos en el siglo XX y de la crisis ambiental, la sociedad ha cambiado tal percepción por una idea de naturaleza como fuente de armonía y equilibrio. Este cambio no es ajeno a un largo proceso histórico clave: el hombre ya no está amenazado por el medio ambiente, es él quien lo pone en peligro, por lo que necesita adaptarse no al medio natural sino a un medio creado por él mismo, que es la nueva amenaza, y transformarlo para hacerlo más sostenible. Éste es el marco de un nuevo anhelo por la sostenibilidad que ha propiciado una demanda social de teorías ecológicas biocentristas, así como una sacralización de lo orgánico y un biologismo social apoyado en la idea de la unidad de la vida (holismo sistémico). Según Acot, hay ahí una tendencia a divulgar creencias que no siempre son confirmadas por la ciencia.²⁵ Pese a ello, la ecología sistémica proporciona una visión atractiva como modelo de estudio científico de fenómenos

²⁵ “Que la concepción de un modelo de ecosistemas que integre sutilmente determinada sociedad humana presente todavía dificultades no parece [para ellos] ser un problema [...] Es más un enfoque sintético de la complejidad del mundo que un enfoque científico” (Acot, 1994: 192). Además, se tiende a olvidar que la ecología es una ciencia en la que, como en las demás, existen debates y pluralidad de enfoques (Kolasa y Pickett, 2005: 50-60).

complejos, como son las ciudades, que se pueden ver como ecosistemas predominantemente artificiales²⁶ y cuya complejidad puede ser abordada con modelos provenientes de otras disciplinas (y de propuestas interdisciplinarias como la teoría de sistemas) que estudian las relaciones entre elementos alejados que se influyen mutuamente. Dichos modelos permiten integrar multitud de datos sobre población, flujos de energía y materia, aproximándonos a un todo que no es la suma de las partes, y por medio de categorías como integración, especialización, ciclos, redes, resistencia, resiliencia y capacidad de carga (Camargo, 2008). La visión sistémica en la gestión urbana nos ayuda a tomar conciencia de que no podemos actuar sobre uno de los elementos, por ejemplo, la vialidad o el espacio público, sin afectar a otros, como la cohesión social. En resumen, el uso de términos como “ecosistema urbano” y “medio ambiente urbano” ha enriquecido a la sociología urbana con una perspectiva de estudio de la ciudad que enfatiza las relaciones recíprocas entre el espacio, la naturaleza y la sociedad, ya presentes en el concepto de “paisaje urbano” de la geografía humana. Sin embargo, la ciudad como ecosistema también actúa como vehículo para los autores biocentristas que predicen la disolución de la dualidad cultura-naturaleza en un todo integrado y que surgen de una voluntad, en ocasiones más ética y política que científica-descriptiva, de tener ciudades más sostenibles. Los enfoques que, apoyándose en ciertos isomorfismos y metáforas, ahondan en una identificación excesiva entre los procesos naturales y los sociales contrastan con los estudios sistémicos que enfatizan la naturaleza social del hecho urbano y responsabilizan a las autoridades de la ciudad de los problemas existentes.²⁷ Los

²⁶ El término “ecosistema” es aplicable a la ciudad en su sentido amplio, pues se incluyen los entornos construidos. Hay autores que hablan del ecosistema urbano respetando el significado original del término ecosistema (Melic, 1995: 1997) y estudian la ciudad como medio ambiente natural, es decir, con elementos físico-biológicos propios: un microclima con su propio ciclo, su flora (zonas verdes) y su fauna, los flujos de entrada y salida de energía y materia. El uso del término “ecosistema urbano” me parece más apropiado porque proyecta mejor la idea de ciudad como un ecosistema básicamente artificial que tiene en su seno un ecosistema natural propio (sobre todo en sus zonas verdes).

²⁷ En este sentido cabe recordar que Ray Pahl (1975) ha observado que los investigadores llevan años culpando a la ciudad de ciertos aspectos de la vida social que tienen más que ver con la esfera política, y afirma que lo que deberían hacer es, precisamente, insistir en la relativa insignificancia de las pautas y los procesos específicamente urbanos. En el estudio de los problemas ambientales, Delgado y Marín (2005) prefieren usar, en vez del concepto ecosistema, otro al que llaman “sistema físico-ecológico-social” (FES-sistema, donde en lo social se incluye lo económico y lo político), pues refleja mejor la dialéctica naturaleza-cultura.

máticas y preferencias por cada una de estas opciones teóricas y metodológicas están justificadas por la coexistencia de distintas sensibilidades (académicas, científicas, sociopolíticas, etc.) dadas por tradiciones disciplinarias diversas que analizan la dialéctica entre la naturaleza y la cultura que recorre la vida cotidiana de las personas.

Conclusión

Uno de los rasgos más sobresalientes de la teoría social de nuestro tiempo es que el espacio ha adquirido gran importancia en ella. Fenómenos como la urbanización acelerada del planeta, la globalización y la crisis ambiental son productos de una acción humana sobre los espacios y los ecosistemas que a su vez inciden en la vida social. Por consiguiente, retomando la interrogante de la introducción (¿es el espacio efecto o causa de los procesos sociales?), podemos afirmar que la teoría social ha ido afinando los argumentos a favor de la consideración general de la existencia de una doble direccionalidad causal entre las esferas de lo social y lo espacial. A partir de esta constatación pueden estudiarse casos en los que predomine un vector u otro de la relación. Por ejemplo, en la fase de primitiva industrialización y urbanización la protagonista es la acción del hombre, como vieron los sociólogos clásicos. Por el contrario, en los espacios urbanos muy saturados, al borde del límite de su capacidad de carga, el entorno creado condiciona notablemente la vida social; de ahí el ascenso de los estudios de la ciudad como ecosistema con dinámicas propias.

En estas páginas hemos visto cómo la ciudad apareció en un primer momento como producto de la actividad humana y posteriormente también como productora de dicha actividad. En cambio, la naturaleza, que históricamente sí tenía la consideración de elemento activo en la configuración social, pasó a considerarse como un producto social, no sólo en el plano físico (como entorno natural preservado, modificado o recreado por el hombre) sino también en el plano simbólico. La evolución del uso del concepto de naturaleza dentro del pensamiento geográfico ilustra este fenómeno. La sustitución progresiva del término “naturaleza” por el término “medio ambiente” (Vargas, 2006: 289), denota una desacralización del concepto de naturaleza para racionalizarla y acercarla a las dinámicas sociales, y muestra también la voluntad de tener un término que aluda a la crisis ambiental y que permita el desarrollo de todo un

saber científico, político, económico; en síntesis, un ámbito de la vida a ser administrado. La naturaleza incluida así en la temática ambiental global se describe como problema de las ciencias naturales ligado a la dimensión humana y social. El fin del dualismo naturaleza-cultura como binomio de entidades separadas es un ejemplo de un pensamiento complejo que une conceptos aparentemente contrarios. La idea paradójica de “producción de la naturaleza”, expresión que acuñó el geógrafo marxista Neil Smith en 1984 y que recuerda a la idea de “producción del espacio” de Lefebvre (con el capitalismo también como principal actor), es hoy, con la creación de organismos genéticamente manipulados, plenamente actual (Castree y Braun, 2001: 189). El sistema económico dominante produce lo que la geografía marxista ha llamado “segundas naturalezas”, entre las que se encuentran las ciudades, espacios sociales que se construyen sobre espacios naturales, que interactúan con ellos y que se convierten a su vez en ambientes articuladores de los fenómenos sociales. En las ciudades, el espacio surge de una producción material y discursiva de sociedades preocupadas por la escasez de recursos naturales y de espacio habitable; escasez que obliga a emprender procesos simultáneos de producción y adecuación a nuevas constricciones. Transformación y adaptación aparecen así como procesos ecológicos permanentes en la vivencia espacial urbana.

Bibliografía

- Acot, Pascal (1994), *Historia de la Ecología*, Madrid, Taurus.
- Baigorri, Artemio (1989), “Trayectoria histórica de la ecología humana y del ecologismo” <<http://es.scribd.com/doc/145160038/024-Trayectoria-Historica-Ecologia-Humana-Ecologismo-Artemio-Baigorri>>.
- Beck, Ulrich (1998), *La sociedad del riesgo*, México, Paidós.
- Bettin, Gianfranco (1982), *Los sociólogos de la ciudad*, Barcelona, GG.
- Borderías, María del Pilar y Eva Martín (2006), *Medio ambiente urbano*, Madrid, UNED.
- Camargo, Germán (2008), *Ciudad-ecosistema, Introducción a la ecología urbana*, Bogotá, Universidad Piloto de Colombia.
- Castells, Manuel (1980), *La cuestión urbana*, México, Siglo XXI.
- Castree, Noel y Bruce Braun (2001), *Social Nature*, Oxford, Blackwell.
- Delgado, Luisa E. y Víctor H. Marín (2005), “FES-sistema: un concepto para la incorporación en el análisis ambiental en Chile”, *Ambiente y Desarrollo*, núm. 21, pp. 18-22.

NOTAS Y COMENTARIOS

- Delgado, Ovidio (2003), *Debates sobre el espacio en la geografía contemporánea*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia / Unibiblos.
- Dunlap, Riley y William R. Catton (1992), "Towards and Ecological Sociology: The Development, Current Status and Probable Future of Environmental Sociology", *The Annals of the International Institute of Sociology*, núm. 3, pp. 263-284.
- Durkheim, Émile (1978), "Divisiones de la Sociología: las ciencias sociales particulares", en José A. Rodrigues (coord.), *Émile Durkheim: Sociología*, São Paulo, Ática, p. 42.
- Durkheim, Émile (1999), *La división del trabajo social*, México, Colofón.
- Harvey, David (1979), *Urbanismo y desigualdad social*, México, Siglo XXI.
- Harvey, David (1983), *Teorías, leyes y modelos en geografía*, Madrid, Alianza.
- Harvey, David (2008), *La condición de la posmodernidad*, Buenos Aires, Amorrortu.
- García González, José Antonio (2005), "El determinismo ambiental en dos autores clásicos: Hipócrates y Herodoto", *Baética*, núm. 27, pp. 307-328.
- Garrido, Francisco, Manuel González de Molina, José Luis Serrano y José Luis Solana (coords.) (2007), *El paradigma ecológico en las ciencias sociales*, Barcelona, Icaria y Antrazyt.
- Giddens, Anthony (2003), *La constitución de la sociedad: bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Kolasa, J. y S. Pickett (2005), "Changing Academic Perspectives of Ecology: A View from Within", en E. Johnson y M. Mappin (coords.), *Environmental Education and Advocacy*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Jones, Emrys (1971), *Geografía humana*, Madrid, Labor.
- Lefebvre, Henri (1972), *La revolución urbana*, Madrid, Alianza.
- Lefebvre, Henri (1974), "La producción del espacio", *Papers de Sociología*, Barcelona, UAB.
- Lefebvre, Henri (1976), *Espacio y política*, Barcelona, Península.
- Lefebvre, Henri (1979) [1968], *El derecho a la ciudad*, Barcelona, Península.
- Lefebvre, Henri (1991), *The Production of Space*, Cambridge, Blackwell.
- Lezama, José Luis (1993), *Teoría social, espacio y ciudad*, México, El Colegio de México.
- Lezama, José Luis (2001), "El medio ambiente como construcción social: reflexiones sobre la contaminación del aire en la Ciudad de México", *Estudios Sociológicos*, núm. 56, pp. 325-338.
- Lezama, José Luis (2004), *La construcción social y política del medio ambiente*, México, El Colegio de México.
- Massey, Doreen (1999), "Philosophy and Politics of Spatiality: Some Considerations", en D. Massey (coord.), *Power-Geometries and the Politics of Space-Time*, Heidelberg, Department of Geography, University of Heidelberg, pp. 27-46 (Hettner Lectures, 2).
- Melic, Antonio (1995), "Diversidad biológica versus entomología urbana", *Boletín S.E.A.*, núm. 12. Zaragoza, S.E.A., pp. 39-42.

- Mendoza, Edgar (2005), *Lo urbano y la ciudad: la importancia de su construcción teórica*, Guatemala, Universidad de San Carlos de Guatemala.
- Marx, Karl (1972), *Manifiesto del Partido Comunista*, México, Roca.
- Marx, Karl y Friedrich Engels (1959), *La ideología alemana*, Montevideo, Pueblos Unidos.
- Morin, Edgar (1983), *El método II*, Madrid, Cátedra.
- Pahl, Robert (1975). *¿Whose City?*, Harmondsworth, Penguin.
- Park, Robert E. (1925), *La ciudad*, Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional. Disponible en <http://www.pedagogica.edu.co/storage/rce/articulos/rce36-37_08tex.pdf>.
- Park, Robert E. (1967), *On Social Control and Collective Behavior*, Chicago, University of Chicago Press.
- Rhein, Catherine (2003), “L’Écologie humaine, discipline-chimere”, *Société Contemporaine*, núm. 49, Pau.
- Santos, Milton (1990), *Por una geografía nueva*, Madrid, Espasa Universidad.
- Simmel, Georg (2005), “La metrópoli y la vida mental”, *Bifurcaciones*, núm. 4. Disponible en <http://www.bifurcaciones.cl/004/bifurcaciones_004_reserva.pdf>.
- Turner, Ralph H. (1967), “Introduction”, en R.E. Park (coord.), *On Social Control and Collective Behavior*, Chicago, University of Chicago Press, pp. VIII-XLVI.
- Valenzuela, Manuel (1984), “El medio ambiente: su conceptualización y problemática desde la óptica geográfica”, en M. Valenzuela (coord.), *Geografía y medio ambiente*, Madrid, MOPU, pp. 275-307.
- Vargas, Gloría María (2006), “Naturaleza y medio ambiente: una visión geográfica”, *Revista Geográfica Venezolana*, vol. 46, núm. 2, pp. 289-304. Disponible en <<http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/24648/2/articulo5.pdf>>.
- Weber, Max (1987), *La ciudad*, Madrid, La Piqueta.

Acerca del autor

Bruno Cruz Petit es licenciado en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Autónoma de Barcelona, y maestro y doctor en Sociología por la Universidad Nacional Autónoma de México. Sus líneas de investigación tienen como eje la relación entre el espacio y la sociedad: sociología urbana, sustentabilidad y antropología de la casa. Actualmente es docente e investigador en la Universidad Motolinía del Pedregal (Ciudad de México) donde imparte las materias Antropología del Diseño e Historia de la Habitación, en la maestría en Diseño de Interiores. Es autor de los libros *Breve historia social del interior doméstico*.

NOTAS Y COMENTARIOS

tico (México, Ediciones Motolinía, 2011) y *Transformación en el espacio interior doméstico contemporáneo* (España-Alemania, EAE, 2011). Ha publicado artículos en las revistas *Diseño y Sociedad* (UAM Xochimilco), *Anuario de Estudios Urbanos* (UAM Azcapotzalco), *Telos* (Venezuela), *Revista de la Comisión de Investigación de la FIMPES* (Federación de Instituciones Mexicanas de Educación Superior), *Cronopio* (Colombia), *Razón y Palabra* (México); además de artículos de difusión sobre espacio y sociedad (*El Universal* y *Revista Obras*). Asimismo, ha participado como ponente en numerosos congresos en México y en el extranjero. En 2005 ganó el segundo puesto en el Concurso FIMPES de investigación; en 2006 el mismo lugar en el Concurso FIMPES en la categoría de ensayo, y en 2011 obtuvo el tercer lugar en dicha categoría.